



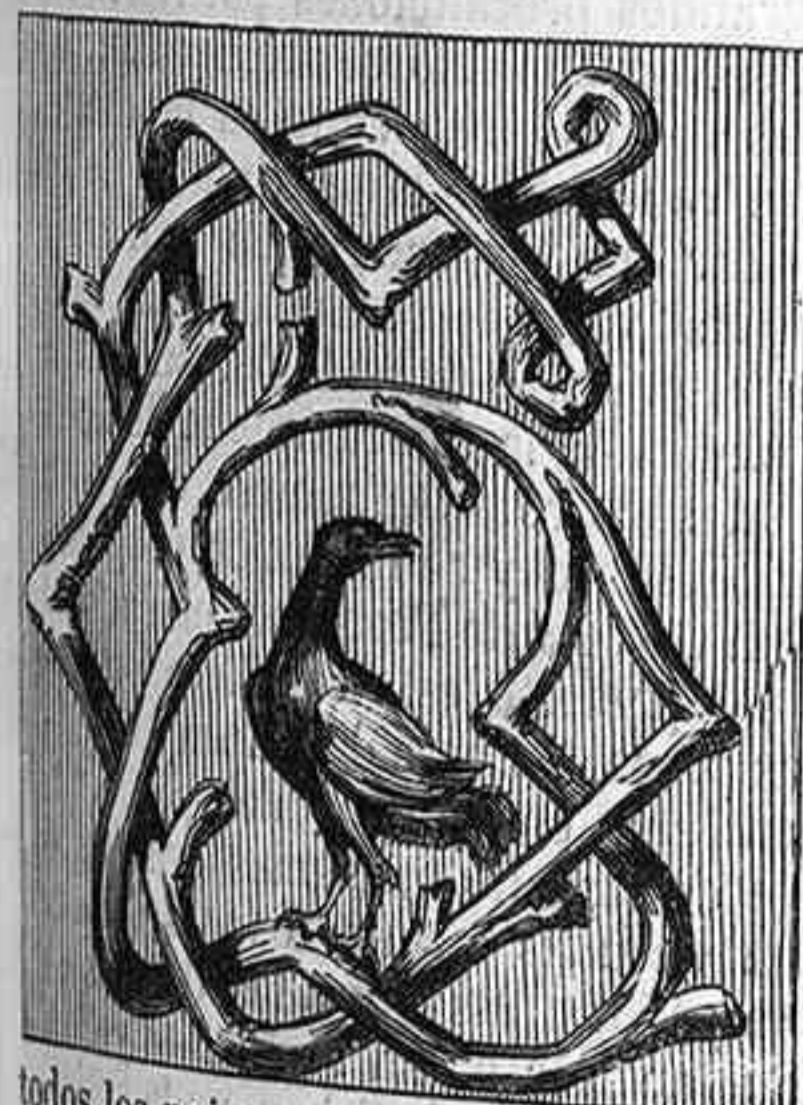
NÚM. 18. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 5 DE MAYO DE 1861

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



rande y glorioso mes es este de mayo en que acabamos de entrar. Sus dias son de los mas largos del año, sus brisas de las mas puras y suaves; en él nacen las mas lindas flores, y ofrecen los campos sus mas vistosos matices. La religion y la poesía le han consagrado en todos tiempos y en

todos los paises, y aun subsisten en nuestros dias y en nuestra España usos y tradiciones de fiestas religiosas conservado en medio de la ruina de cien generaciones. La diosa Maya, de donde tomó el nombre de las Pléyades. Júpiter el soberano del Olimpo, que heranos despues han andado, tuvo de ella á Mercurio, los venteros, de los postillones y por extension de correspondencia privada de su padre con todas las ninetas y guapas muchachas de la tierra. Este Mercurio inventó la lira curva y dió siete cuerdas á este instrumento en memoria de las siete Pléyades, llamando al mes actual con el nombre de su madre.

En los primeros dias de mayo los antiguos llevaban obrendas á las tumbas de sus antepasados: piadosa costumbre que aun se conserva en algunos puntos. Las primeras flores deben consagrarse á adornar los sepulcros de los que fueron en esta vida nuestros progenitores. En tales dias antiguamente no se hacian casamientos; las vírgenes y las viudas huían de casarse en el mes

de mayo; creíase que la que se casaba en mayo no viviria largo tiempo, y aun habia un refran popular que decía que en mayo solo se casaban las malas mujeres.

En algunos pueblos de la mas romana antigüedad en el mes de mayo debian morir los viejos que habian llegado á sesenta años. En otros se sacrificaban dos hombres al dios Tiempo, y aun posteriormente en Roma las jóvenes vestales arrojaban desde el puente del Tíber al rio figuras de hombre hechas de paja ó mimbres en memoria de estos sacrificios.

En Roma cerca de la puerta Capena habia una fuente dedicada á Mercurio. En el mes de mayo los mercaderes de todas clases y aun los políticos iban á ella provistos de anforas, las llenaban de agua, y se purificaban con ella; despues mojaban una rama de laurel y asperjeaban todos los objetos que tenian de venta; luego con la misma rama se humedecian la cabeza y exclamaban: ¡Oh agua santa, borra mis perjurios de ayer y mis mentiras del tiempo pasado: sea que te haya tomado por testigo de un embuste, sea que para apoyar una impostura haya invocado el nombre de Júpiter, haz que el viento ligero se lleve mis culpables palabras. Perdona tambien mis perjurios venideros. Mercurio, dicen que al oír esta oracion se sonreía en lo alto de los cielos, recordando que él habia robado los rebaños de Apolo, adormecido á Argos y hecho varias promesas que se habia guardado bien de cumplir.

En este mes tambien en varios puntos se paseaba por los campos la estatua de la diosa Maya, invocándola para que los hiciese prosperar.

Andando los tiempos, estas prácticas se han transformado conforme á las nuevas creencias. La iglesia bendice todavia los campos, pero no es ya tal ó cual diosa, sino el Dios único, el invocado. Sin embargo, en algunos pueblos aun se viste con las mejores galas á la niña mas hermosa del lugar y se la pasea por los campos con el mismo nombre de Maya: en la misma córte tenemos la fiesta de la Cruz de mayo, en que las niñas del pueblo vistosamente ataviadas ponen altares en los portales y en las esquinas, y piden á los transeuntes. En Castilla se busca uno de los árboles mas altos, un pino generalmente, y se le planta en la plaza muy adornado. Llámase tambien el mayo; y alrededor hay baile en los dias festivos. No es solamente en España donde se halla establecida esta costumbre, sino en toda Europa: en Italia se observa generalmente en todas partes, si bien la estatua de Maya ha sido reemplazada por la de la Virgen en las diversas advocaciones que tiene: en Inglaterra se

llama á la Maya la reina de mayo, *queen of the may*, y es tambien generalmente una jóven escogida entre las mas bellas del lugar.

Mas para los españoles como nacion, el gran recuerdo que nos trae mayo es el del dia 2, en cuyo dia hace cincuenta y tres años el pueblo de Madrid dió el grito de independencia é inició la gran lucha de principios del siglo contra el déspota de Europa. La España tuvo entonces una gran ventaja sobre las demás naciones: y es que sus reyes habian huido y la habian dejado entregada á sí misma. Entregada á sí misma la nacion española, mostró lo que era, como lo habia mostrado ántes, y lo mostrará siempre en iguales circunstancias. En la opinion de los sabios y de los políticos, el acto mas insigne de locura fue el que llevó á cabo Madrid el dia 2 de mayo: un pueblo inerme, invadido por sorpresa, cogido á traicion, se lanzó contra las huestes armadas disciplinadas y prevenidas de su opresor, y se ofreció como primera víctima en las aras de la patria. La sangre de aquellos mártires hizo brotar los laureles de Bailén, y lo que al principio parecia un acto de locura, se vió despues que era efecto de un sentimiento, que los sabios y los políticos, los que reunidos como autoridades felicitaron á Murat el dia 3 por haber salvado el orden y la sociedad, no habian acertado á comprender.

¡Dia de sangre y de horror, pero tambien de gloria! tú nos has dejado uno de los mas nobles recuerdos en esta patria de recuerdos tan nobles. El 2 de mayo fue el principio de una nueva era para este país: bórrese el 2 de mayo y se borra la guerra gloriosa de la Independencia y desaparecen de la historia las córtes de Cádiz, y desaparecen despues las amargas y duras pero provechosas lecciones que dió á la España la odiosa ingratitude de los años sucesivos.

El pueblo de Madrid ha solemnizado en el juéves último, con la pompa de costumbre, el aniversario de aquel dia. Desde las seis de la mañana hasta las doce se dijeron misas en los altares del monumento levantado á las víctimas en el Prado. A las nueve el ayuntamiento y las autoridades en procesion se dirigieron al templo de San Isidro, donde el patriarca de las Indias celebró misa de pontifical, pronunciando la oracion fúnebre don Pio Hernandez Fraile, que logró conmovier con su elocuencia á todos los oyentes. Terminada la misa, la procesion se dirigió al Prado en medio de una inmensa concurrencia, y frente al monumento se cantó un solemne responso. La columna de honor hizo las salvas de ordenanza y desfilaron por delante de la pirámide las tropas

de la guarnición que anticipadamente habían formado en la carrera.

En este mes debía verificarse también en Alicante una de las pruebas oficiales, juzgamos que la última, á que se ha querido someter el íctineo del señor Monturiol. ¿Cuándo se verifica esa gran prueba? ¿Cuándo se dá el gobierno por satisfecho? Los ensayos que se han practicado desde un año á esta parte, han puesto fuera de duda la verdad del invento portentoso del señor Monturiol y las inmensas consecuencias que para las ciencias y la navegacion de él se deducen. El invento del señor Monturiol es el principio de una gran revolucion: ¡y sin embargo aun se detiene el gobierno! Esperamos que antes que se cierren las cortes se presente á pedirles un crédito extraordinario de 30 á 40.000.000 para construir unos cuantos buques en grande escala segun el modelo del señor Monturiol, al cual se le debe también adjudicar el premio que su invencion merece. Si esta hubiera tenido efecto en Inglaterra ó en Francia, tendrían ya íctineos hasta en las tazas de café.

Nada nuevo en los sucesos europeos desde nuestra última revista: las tropas españolas enviadas por el capitán general de Cuba, desembarcaron en Santo Domingo en número de tres mil hombres y en medio del mayor entusiasmo. La guerra ha estallado entre tanto en los Estados-Unidos y el famoso fuerte Sumter se ha rendido despues de recibir dos mil cañonazos y tener dos hombres fuera de combate. Si á este paso van los cañones norteamericanos, no son tan temibles como parece.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ISABEL LA CATOLICA.

SUS AMORES Y CASAMIENTO CON DON FERNANDO DE ARAGON (1).

V.

Ya no restaba otro partido sino el de apresurar el matrimonio, puesto que los dos príncipes se hallaban dispuestos á contraerle. Así la princesa y el arzobispo, de comun acuerdo, enviaron á Aragon á Gutierre de Cárdenas y Alonso de Palencia, maestresala de doña Isabel el primero y familiar el otro de Carrillo, para que viéndose con don Fernando procuraran apresurar su venida á Castilla, cuidando se verificase ínterin don Enrique y el maestre continuaban envueltos en las discordias de Andalucía.

Los dos mensajeros se pusieron en el acto en camino con el mayor secreto, pues de llegar su marcha á noticia del rey ó de sus partidarios, era fácil se opusieran á ella y procurasen estorbarla para impedir la realizacion del matrimonio. Antes de emprender el viaje se dió orden á Cárdenas y Palencia para que á su paso por el Burgo de Osma se vieran con el obispo don Pedro Montoya, antiguo favorito y familiar del arzobispo á quien debía su elevacion. Don Alonso Carrillo creía poderle contar entre sus partidarios, aunque no fuese mas que por gratitud y por esto le pedía su cooperacion muy necesaria en el estado de las cosas. Palencia era el comisionado para presentarle una carta del arzobispo, concebida «en términos generales,» pidiéndole al mismo tiempo de palabra se apresurara á preparar ciento cincuenta lanzas para la llegada del príncipe, las cuales con otra causa la habia avisado ya don Alonso tuviera prontas para remitirlas á Navarra. Además de esta fuerza que los partidarios de don Fernando deseaban estuviera reunida para acompañarle desde su entrada en Castilla pensaban también enviar á aquella frontera con el mismo objeto otras cien lanzas á las órdenes de Rodrigo de Olmos, quinientas mas que se habia brindado á prestar para este caso don Luis de la Cerda, conde de Medinaceli y doscientas que debían acompañar al rey de Sicilia, fuerzas muy suficientes una vez allegadas para despreciar todo peligro y formar un acompañamiento digno del príncipe de Aragon.

Desde el instante de su salida tomaron las mayores precauciones, partiendo de Valladolid á la mitad de la noche, y dirigiéndose con el mayor silencio á Castroverde por donde cruzaron sin ser sentidos, continuando su viaje hasta el amanecer que se detuvieron algunos momentos para descansar en Guzman. Encamináronse desde allí por sendas estraviadas al Burgo de Osma, donde Palencia que no tenia la mayor confianza en el obispo, invitó á Cárdenas á que se detuviese guardando el incógnito en la posada, ínterin procuraba él conocer sus intentos en una entrevista. Palencia era hombre dotado de excelentes cualidades, y entre ellas no era la sagacidad de la que menos se hallaba provisto, así desde las primeras palabras de la conferencia, comprendió que el obispo no pensaba en lo del casamiento de la misma manera que su antiguo protector; antes bien se hallaba afiliado al partido del maestre para impedir la boda con don Fernando. Otro hombre de menos presencia de espíritu y tacto que Palencia, hubiera hecho naufragar todo el proyecto, pero este se sometió á la necesidad sin va-

cular, y procurando alejar toda sospecha del ánimo del prelado, le contó que el objeto de su viaje á Aragon era en busca de la bula original de dispensa otorgada por el Pontífice para el matrimonio de doña Isabel, que deseaba examinar su señor el arzobispo despues que el obispo hubiera manifestado su parecer sobre ella. Reclamó de él con este motivo «un guía de toda confianza y un pasaporte de ida y vuelta para el alcaide de Gomara, que estaba al paso en la frontera de Aragon y Castilla.» Esto bastó para adormecer al obispo, quien suponiendo el enlace de los príncipes mucho mas atrasado de lo que en realidad se encontraba, reveló á Palencia todo lo que sabia sin ocultarle que el conde de Medinaceli se habia pasado al bando del rey, hallándose de acuerdo con el maestre y sus amigos, y estando dispuesto lo mismo que él á oponerse á la entrada del príncipe, si es que llegaba á intentarla siquiera, vista la actitud que habían tomado los veleidosos magnates castellanos.

Palencia comprendió toda la importancia de estas revelaciones y las oyó placentero, despidiéndose con alegría del obispo y anunciándole su vuelta para muy en breve; empero Cárdenas turbado y confuso ignoraba qué hacerse, cuando aquel de regreso en la posada le dió cuenta de su entrevista. Perder tiempo era lo mas espuesto; acordaron por lo tanto continuar su viaje, apresurándole si era posible, y para evitar todo motivo de sospecha, Cárdenas se fingió criado de Palencia, logrando de esta manera ocultarse hasta del guía que iba á conducirlos á la frontera. Así continuaron hasta su llegada á Gomara desde donde enviaron un espreso que notificara á la princesa y al arzobispo las nuevas complicaciones, que los esponían á ver frustrados sus esfuerzos. Al mismo tiempo que el peligro les espresaban el medio á su parecer mas á propósito para evitarle, que consistía en que enviaran á la frontera con el mayor secreto y presteza posible trescientas lanzas con un jefe de confianza, el cual debía encontrarse en el Burgo para esperarlos á los diez dias de la fecha.

Palencia que fue quien en aquellas circunstancias tuvo ánimo para preparar este plan, dice: «que siendo imposible la entrada del rey de Sicilia en Castilla en los términos dispuestos por la princesa y el arzobispo, concibió el de introducirlo y hacerle pasar la frontera disfrazado y sin escolta.» Aunque osado, el proyecto no carecía de ventajas como se vió por sus resultados, pues por él se consiguió desbaratar los planes de los contrarios, y pasar por medio de ellos burlándose de sus preparativos, abreviando al mismo tiempo la conclusion de un asunto en que la prontitud constituía la única garantía de su éxito. Por otra parte, no quedaba otro recurso para conseguir el apetecido resultado. Era imposible con las nuevas defecciones llevar á cabo el primer pensamiento, careciendo de los socorros de gente y armas en que aquel se hallaba basado.

Habia además el rey Enrique con una política que honra á su valido, encomendado la guarda de doña Juana la Beltraneja á la casa de los señores de Mendoza, la que con este motivo estaba interesada en que no se verificase el matrimonio con el rey de Sicilia, teniendo para oponerse á ello muy poderosos recursos, pues estando situados sus castillos y guarniciones en la frontera de Aragon les era sumamente fácil impedir la entrada del príncipe en Castilla. El consejero y mas activo jefe de las operaciones de esta familia era don Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo de Sigüenza, quien habia llamado á todos sus parientes á la ciudad, cabeza de su obispado, invitándoles á que unieran sus esfuerzos para impedir la entrada del aragonés. En estas conferencias fue donde se acordaron los medios para atraer al partido del maestre, al conde de Medinaceli y al obispo de Osma, lo que consiguieron, como dejamos referido.

Otra de las causas que hicieron adoptar el nuevo plan como el mas á propósito en las nuevas circunstancias, fue porque siendo tan corto el tiempo de que podia disponerse no bastaba para avisar y reunir las fuerzas de los grandes partidarios de la princesa que en todo caso hubieran corrido á sostener con las armas la realizacion de este proyecto. La guerra de Cataluña cada vez mas complicada, llamaba por otra parte de tal manera la atencion de don Juan, que aunque lo hubiese pretendido no le fuera posible distraer sus tropas de aquel punto para acompañar á su hijo en su viaje. Hallábase por lo tanto don Fernando sin los recursos necesarios para alejar los obstáculos que sobre él se amontonaban, de manera que este negocio harto espinoso de por sí, y muy poco menos aunque á él hubieran prestado su cooperacion y ayuda el obispo y el conde, con las nuevas dificultades habia llegado á presentarse como casi insuperable.

Pero el hombre de esta crisis era Alonso de Palencia. Gutierre de Cárdenas, abismado por la multitud de incidentes siempre en aumento, temeroso y pensativo llegó á sospechar hasta del príncipe de Aragon, y no sin fundamento, pues recelaba «no consentiría en arriesgar su persona y entrar solo en Castilla,» y no era estraña esta opinion, antes hacia honor á don Fernando, pues á su carácter sagaz y conocedor no debia escaparse la genial ligereza de que tantas pruebas le habían dado y estaban dando los grandes castellanos. Tal sospecha muy en su lugar y muy bien fundada, logró desvanecer Palencia con algunas reflexiones; refirióle á este propósito «que pocas semanas antes cuando estaba en Madrigal doña Isabel espuesta á perder su libertad y él en Valen-

cia con don Fernando, le habia propuesto ir con solos dos compañeros á consolar á la princesa y á salvarla del peligro, ó correrlo en su compañía, y que costó dificultad retraerle de este pensamiento por temerario é inútil.» Esto fue suficiente para tranquilizar á Cárdenas, pues conociendo la veracidad de su compañero, infirió de su relato el placer con que acogeria el príncipe la nueva idea, no vacilando en emprender «este otro viaje no menos arriesgado y mas provechoso.»

Hallábanse con estos propósitos cuando entraron en Zaragoza el 25 ó 26 de setiembre de 1469. Tratóse desde luego á su entrada en esta ciudad de ocultar la llegada de una persona de tanta categoría como era Cárdenas, pues «la venida de Alonso de Palencia, familiar del arzobispo de Toledo y conocido ya en Aragon de antemano era menos reparable.» Don Fernando supo en el acto por este el estado de los negocios y cuál era el objeto que á su presencia conducía al maestresala de la princesa Isabel. Sin escuchar mas que á sus sentimientos pasó á verse con ambos mensajeros aunque de incógnito. Habíanse estos alojado en un convento de la Orden de San Francisco, donde reunidos diferentes personajes, «Gutierre de Cárdenas esplicó el objeto de su mensaje, reduciéndose este á manifestar los vehementes deseos que doña Isabel tenia de que el príncipe fuese á Castilla, y amantes quejas sobre su tardanza y sus recelos de que la abandonase en la peligrosa situacion en que por su causa se hallaba.» Invitados y presentes se hallaron en este acto varios caballeros del Consejo y primera nobleza de Aragon, entre ellos Mosen Pedro Vaca y el arzobispo de Zaragoza, Don Juan de Aragon hijo bastardo del rey. Hubo entre estos últimos muy diferentes pareceres; Mosen Vaca aconsejaba «que don Fernando sin aguardar otra cosa se pusiese al instante en camino.» Empero el arzobispo creía mas oportuno «que se consultase al rey don Juan, el cual á la sazón se hallaba en el partido de Urgel, asistiendo á la guerra de Cataluña.»

Tan encontrados consejos no dejaron de angustiar al príncipe, que por una parte deseaba volar al lado de la mujer á quien iba á consagrar su existencia, y por otra temeroso de que se le tachase de precipitado, se veía en la necesidad de esperar la resolucion paterna espuesto á que no fuera conforme á sus deseos; recelaba y con fundamento que don Juan no quisiera esponer á su hijo á los azares de una empresa arriesgada, mayormente cuando en su anciano pecho no ardia la llama que á él le aconsejaba arrostrar toda clase de peligros. Muchos consejos y reflexiones le inclinaron al segundo partido creyendo como buen hijo que debía esperar la determinacion de su padre, la que nunca se retardaria tanto que le impidiera llegar á Castilla despues del regreso de don Enrique de Andalucía. Su resolucion definitiva en este asunto fue que cumplidos los deberes impuestos por la naturaleza y de los que él debía ser el primero á dar el ejemplo por su elevada categoría, se pondria en camino aun cuando intentara estorbárselo la ternura de su padre; así, lo mismo que con este, cumplía con las atenciones debidas á la mujer á quien por siempre iba á unirse con estrechos é indisolubles lazos. No vaciló, pues; y mientras llegaba la contestacion de su padre ordenó los preparativos necesarios para un viaje que como secreto exigía grandes precauciones por los muchos intereses que de ser descubierto se arriesgaban.

Lo principal que debía evitarse en aquellos momentos era el que corrieran voces sobre la proximidad de la marcha; así para evitar las sospechas que pudieran nacer sabidos los preparativos que se hacían, echóse á volar la noticia de que el príncipe llamado por su padre con motivo de las urgencias de la guerra trataba de acudir personalmente á su socorro. «Anuncióse con esta otra novedad del mismo género y con idéntico propósito, la cual fue el viaje á Castilla de Pero Vaca en calidad de embajador.» Con tal pretexto este caballero suponiendo llevaba algunos presentes para don Enrique, estaba encargado de conducir el equipaje del príncipe, que por lo apremiante de las circunstancias era harto escaso yendo colocado en unas cuantas cargas. Hasta Calatayud debían acompañarle los enviados de Castilla, los que acordaron mostrar en su semblante y con otras señales exteriores, que no se hallaban nada satisfechos del éxito de su embajada.

Pero antes de emprender esta marcha, y durante la permanencia de Palencia y Cárdenas en la corte de Aragon firmó don Fernando á 1.º de octubre una cédula en la cual juró, empeñando su fe y real palabra, no otorgar merced ni hacer dádiva alguna en los reinos de Castilla y de Leon, sin la voluntad y consentimiento del espreso de su futura esposa doña Isabel «anulando lo que hiciese ó hubiese hecho sin este requisito.» Improbable parece semejante prevision por parte de una señora tan jóven y tan enamorada, y sobre todo si se medita en la particular posicion de ambos príncipes en las tinieblas de la época y estado de sus negocios á la sazón. «Los que consideren el estado de las cosas en aquel tiempo, dice Clemencin, la insaciable codicia de los grandes y caballeros, y el modo con que de ordinario se compraban sus servicios, no podrán menos de admirar la sagacidad y prudente prevision de doña Isabel, que á los diez y ocho años de su edad, no olvidaba entre los cuidados amorosos como esposa, lo que debía al reino comun como heredera del reino.»

Mientras doña Isabel se ocupaba en tan serias atenciones

(1) Véanse los números 14, 15, 16 y 17.

nes, no eran de menos interés las que llamaban todo el cuidado del rey de Aragón. Hallábase sumamente acongojado este monarca con la entrada y progresos de los franceses en Cataluña que le tenían colocado en la mas crítica posición, espuesto á perder el principado tanto por el mal estado de la lucha, como por la escasez de caudales con que para sostener la guerra se encontraba.

Como si no fueran poco críticas estas circunstancias, aumentábalas con nuevas complicaciones el viaje del príncipe su hijo á Castilla, viaje indispensable para no perder el fruto de tantos sudores y fatigas, viaje que era causa de muy serios temores para don Juan por lo mucho que se aventuraba don Fernando, objeto predilecto de su cariño. En tan cruel situación como rey y como padre, no tuvo ánimo para decidirse, y así dejó al arbitrio del príncipe la resolución que debía tomar en este asunto, sometiéndola empero al dictámen de los de su Consejo.

Desde este momento don Fernando solo escuchó la voz de su corazón y determinó su viaje, poniéndole en el acto por obra.

JOSÉ S. BIEDMA.

HONRAS A LA MEMORIA DE CERVANTES.

Habíamos pensado describir especialmente esta función; pero una autoridad oficial que escribe mejor y con mas conocimiento de causa, nos ahorra este trabajo, proporcionándonos al mismo tiempo el placer de darlo á nuestros lectores mas acabado y completo. Tal es el acta de la Academia Española que insertamos á continuación.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.—El martes 23 de abril de 1861 se celebraron por vez primera las honras que prescribe el art. 104 del reglamento últimamente aprobado, en la iglesia de religiosas Trinitarias. Una inscripción bien colocada á la parte superior del enlutado cancel decia lo siguiente:

A Miguel de Cervantes y á cuantos cultivaron la literatura patria.—La Real Academia Española.—A cada costado y sobre las paredes del vestíbulo, cubiertas asimismo de negro, habia un tarjeton para conmemorar, en virtud de especiales razones, á varios académicos, ya difuntos, por sus títulos ó apellidos. Sobre el tarjeton de la derecha leíanse los de aquellos mas señalados en esclarecer y difundir todo lo concerniente al príncipe de nuestros ingenios. Allí estaban citados don José Bazán de Silva, marqués de Santa Cruz, director de la Academia al tiempo de prepararse é imprimirse por la misma la edicion grande del *Quijote*; don Agustín de Montiano y Luyando, diligente en comprobar, antes que otro alguno, la verdadera patria de Cervantes, no descansando hasta encontrar y dar á luz una copia auténtica de su partida de bautismo; don Vicente de los Rios, autor de la vida de Cervantes que va al frente de la edicion del *Quijote* ya mencionada; don Pedro de Silva, encargado especialmente de activar su publicacion y de entenderse con los artistas é impresores, todo lo cual hizo con cabal desempeño; don Diego Clemencin, uno de los anotadores mas felices de la *Historia del ingenioso Hidalgo de la Mancha*; don Martín Fernández Navarrete, autor de la vida de Cervantes, impresa en un tomo para encabezar la edicion pequeña de la misma inmortal obra, hecha el año de 1819 por nuestra Academia; don Agustín García de Arrieta, digno de aplauso por haber impreso en París á sus espensas otra edicion todavía de menor tamaño y con muy estimables notas; don Manuel José Quintana, autor de una nueva vida de Cervantes. Sobre el tarjeton de la izquierda se hallaban recordados tambien por sus títulos ó apellidos aquellos académicos por cuyas almas no se hicieron los sufragios establecidos en virtud de acuerdo de 14 de febrero de 1736 y á propuesta del padre José Casani, presidente accidental de la Junta. Allí estaban enumerados los siguientes: Padre José Carrasco, escluido de la Academia á consecuencia de la Real pragmática de 2 de abril de 1767 sobre el estrañamiento de los Jesuitas; don Gaspar Melchor de Jovellanos, don Francisco Patricio Berguizas, don Nicasio Alvarez Cienfuegos, don Antonio Porlier, marqués de Bajamar, don Vicente María de Vera, duque de la Roca, fallecidos durante la heroica guerra de la Independencia: época en que, lidiando por su triunfo los mas de los miembros de la Academia Española con la espada, ó con la voz, ó con la pluma, no se juntaban los restantes ni para encomendar á Dios á sus compañeros difuntos; don Juan Melendez Valdés, borrado de la lista de los académicos en virtud de Real orden de 3 de noviembre de 1814 y referente á las disposiciones del decreto de 30 de mayo de Burgos, de cuyo fallecimiento, ocurrido en Madrid el 22 de enero de 1848, no se hace mencion por inescrutable descuido en las actas.

En lo interior del templo se habia destinado el brazo derecho del crucero para las señoras, y el izquierdo para el coro de voces, con entrada particular por la portería de las religiosas; los bancos del circo y uno de los costados para los individuos de las diferentes Academias, y el otro para los autores y dueños de imprentas, asistentes por derecho propio, y para los demás convi-

dados. A fin de que distinguieran á unos de otros los dependientes de la Academia y los guardias civiles veteranos, situados para mantener el buen orden en las varias entradas, se habian repartido esuelas de color de lila, azul y blanco. Enlutados estaban el presbiterio y el pavimento, y colgadas las paredes con paños negros bordados de oro. Sobre el túmulo de un cuerpo, y alrededor del cual ardian veinte y cuatro hachas de cera blanca en blandones, se divisaban el hábito de la Orden tercera de San Francisco, á que perteneció el inmortal Cervantes; una espada como las que se usaban en los tiempos del célebre triunfo de Lepanto; unas cadenas con grillos para significar el cautiverio en Argel del mismo privilegiado ingenio; una corona de laurel, y el único ejemplar de la edicion grande del *Quijote* que hoy posee la Academia Española. En la mesa del altar mayor ardian seis velas, y en las de los demás cuatro, y lámparas fúnebres en las capillas y pechinas.

A las nueve y media de la mañana ya no habia nadie en el templo, con la circunstancia de obligar una justísima galantería á que parte del costado derecho, reservada para los individuos de la Academia, fuera ocupada por señoras. Como académico mas antiguo, y en ausencia del señor director, presidió el duelo el señor don Eusebio María del Valle, teniendo á la derecha al señor conde de Mirasol, director del cuartel de Inválidos, y á don Francisco de Paula Novar, vice-rector de la Universidad central, en representacion del señor marqués de San Gregorio, ausente como médico de Cámara en Aranjuez con la corte; y á su izquierda á don Francisco Martínez Escudero, cura propio de Santa María la Mayor de Alcalá, donde fue bautizado Cervantes, y don Francisco Palau, alcalde constitucional de la misma ciudad y en representacion de ella. Interpolados con los miembros de las Academias de la Historia, de Nobles Artes de San Fernando, de Ciencias, y de Ciencias Morales y Políticas, en calidad de individuos de la Española asistieron los señores conde de Guendulain, marqués de Molins, don Ventura de la Vega, don Joaquin Francisco Pacheco, don Ramon Mesonero Romanos, don Antonio Alcalá Galiano, don Antonio María Segovia, don Alejandro Oliván, don Juan Eugenio Hartzenbusch, don José Caveda, don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, don Leopoldo Augusto de Cueto, don Manuel Cañete, don Manuel Tamayo, don Cándido Nocedal, don Tomás Rodríguez Rubí, don Francisco Cutanda, don Severo Catalina, y yo don Antonio Ferrer del Rio, á quien por enfermedad del señor secretario encargó el señor presidente la redaccion del acta de esta funcion religiosa. Como especialmente convidados por la Academia, ocuparon dos sillones en el presbiterio los excelentísimos é ilustrísimos señores don Lorenzo Barilli, nuncio apostólico de Su Santidad, y el obispo don Francisco de Landeira y Sevilla, trasladado de la Sede de Teruel á la de Murcia.

A las diez en punto comenzó el oficio: maestro de capilla fue el señor don Hilarion Eslaba, y suya la música toda, con la circunstancia de estrenarse arreglada para órgano espresivo en esta ceremonia. Imposibilitado el eminentísimo señor cardenal arzobispo de Toledo por sus ochenta años y sus achaques de venir á celebrar la misa, lo hizo el ilustrísimo señor don Miguel Sanz, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y auditor del Tribunal de la Nunciatura, quien tambien tuvo la capa de coro al tiempo del invitatorio, vigilia y responso. Teniendo á su cargo la oracion fúnebre el presbítero don Tristan Medina, se propuso demostrar la influencia de Dios en la formacion de nuestra lengua; y cómo, en recompensa de la unánime acogida que ofrecieron al cristianismo desde su aparicion todas las clases en nuestra patria, habia querido que aquí los principales campeones del principio religioso fuesen tambien los fundadores de nuestra célebre literatura, á fin de que llegara á adquirir una brillantez y universalidad análogas al catolicismo. Esta verdad resplandeció patente á su juicio en fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, que elevaron al cielo nuestra palabra para que sonase despues mas pura y perfecta en la tierra; y así divinizada pasó del templo á la sociedad por conducto de Cervantes, comunicándole magestad con la severidad crítica de su alta inteligencia, y embelleciéndola con todos los primores de su imaginacion fecunda; de cuyo modo el hombre del siglo consumió lo que habian preparado los hombres del claustro, la universalidad de nuestro idioma y de nuestra literatura; pues en tales términos llegó á cautivar á la Europa ilustrada con el *Quijote*, que todos los grandes talentos se apresuraron á estudiar y poseer el habla de Castilla, solamente por comprender bien esta obra magna.

Seis soldados inválidos, mancos todos, y relevándose oportunamente, cuatro en los ángulos del túmulo, y dos en cada una de las entradas del circo, hicieron guardia de honor sin armas durante esta solemnidad fúnebre, que terminó á la una de la tarde, de que certifico.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

LA ESTATUA DEL CELEBRE BOTANICO ESPAÑOL LA-GASCA.

Desde algunos años á esta parte ha llegado á comprenderse en España, que honrar la fama póstuma de

los hombres eminentes es no solo un deber de gratitud nacional, sino tambien un medio de mantener nuestra dignidad en alto grado de apogeo para con los estranjeros, y levantar la emulacion de los contemporáneos con el recuerdo de las grandes virtudes ó de los grandes hechos. En todas partes se ha comprendido así y se ha tardado mas en comprenderlo entre nosotros por hallarnos sumidos en lamentables trastornos políticos, que hubieran dado color de partido á lo que solo eran deseos de perpetuar la memoria de nuestros hombres célebres. Hoy vemos, pues, que se levantan monumentos debidos á la gloria que supieron alcanzar en las ciencias, en las armas, en las letras y las artes, muchos de nuestros mas preclaros varones, y en este número se cuenta, hace ya bastantes años, un sabio tan célebre y distinguido como virtuoso y modesto.

La-Gasca, dice uno de sus mas entendidos biógrafos, fue el primer botánico de nuestro siglo y el único que durante muchos años sostuvo en el mundo científico el honor de la Botánica española. Sostúvolo con su palabra en la cátedra, que habian ocupado tan dignamente los Quer, Minuart y Barnades, los Gomez Ortega y Palau, y sobre todo el eminente Cavanilles, cuya gloria eclipsó la de sus antecesores, y cuyas esperanzas para el porvenir de la Botánica patria se cifraban con fundamento en su discípulo predilecto. Sostuvo tambien La-Gasca con su pluma el honor de la Botánica española en los diversos escritos que publicó, suficientes para darle reputacion europea. El nombre de La-Gasca está mil veces repetido en las obras de Botánica, y particularmente en las descriptivas publicadas durante este siglo en toda Europa, porque no solo contribuyó La-Gasca á los adelantos de la ciencia con sus escritos, sino tambien con sus comunicaciones epistolares, deseadas por los botánicos de primera nota, que publicaron en su nombre las noticias suministradas. Donde quiera que se rinde culto á la Botánica es oido por esta razon con mucho respeto el nombre de La-Gasca.

La vida de este eminente sabio fue una continuada serie de preciosos trabajos para la ciencia. Nacido en la villa de Encinacorva, en Aragón, en 1776, no tardó en comenzar sus estudios, mostrando particular aplicacion en el de las Ciencias Naturales, para las que revelaba un gran talento. Tarragona, Valencia y Madrid, fueron las ciudades en donde se dió á conocer por sus extraordinarios progresos, y al lado de los hombres mas doctos en aquel ramo, no tardó en ofrecer sazonados frutos. Interminable seria enumerar los escritos que le dieron á conocer dentro y fuera de España, pero solo diremos que como hijo predilecto de la ciencia, la fortuna no le fue propicia. Los mismos sucesos políticos de nuestra patria, le obligaron á abandonar en 1823 un suelo para cuya gloria trabajara durante toda su vida, con el desconsuelo de haber perdido en la retirada de Sevilla á Cádiz todos sus manuscritos, fruto de tantos años de trabajos; y aunque regresó á España en 1834, no tardó en sorprenderle la muerte, arrebatando al país un sabio, cuyo nombre respeta la Europa culta, y pasará con respeto á la posteridad agradecida.

La estatua de La-Gasca, que debe levantarse en el Jardín Botánico de esta corte, y que el público conoce por haber sido presentada en la última Esposicion de Bellas Artes, es de aquellas que se debian con justicia. Diremos mas, hace ya años que debia existir y obtener lugar preferente en el establecimiento público que tanto fomentó aquel distinguido botánico. Encargada su ejecucion á don Ponciano Ponzano, bien conocido por sus importantes obras, debemos reconocer que ha sabido salir airoso de su cometido. Entre tanto, uno de sus mas eminentes discípulos, don Pascual Asensio, hoy director de la escuela de Aranjuez, mandó hacer á su costa el busto de su ilustre maestro, que se ha ostentado hasta ahora en un pedestal en una de las calles del Jardín.

Otras estatuas de otros eminentes naturalistas, serán colocadas muy pronto en el Jardín Botánico de esta corte, de cuyas estatuas, lo mismo que de sus autores, y de las notables mejoras introducidas en el referido establecimiento desde algunos años á esta parte, nos ocuparemos con detencion en nuestros próximos números.

EL CASCARO DE NUEZ.

CUENTO FANTÁSTICO-MARÍTIMO.

(CONCLUSION.)

CAPITULO VIII.

EN QUE VERÁ EL QUE LO LEYERE CÓMO LA VELA QUE SE HABIA AVISTADO EN EL HORIZONTE, SE FUE ACERCANDO Á LA SERPIENTE, SEMBRANDO EL TERROR Y EL ESPANTO ENTRE LOS ARGELINOS; CUÁN INÚTILES SON LAS TRETAS Y EL DISIMULO POR REFINADO QUE ESTE SEA, CUANDO HAY QUE HABÉRSELAS CON UN VIEJO MARINO ESPAÑOL, CÓMO EL TUNANTE DE MUSTAFÁ Y SU HORDA DE ASESINOS É INCENDIARIOS, HALLARON AL FIN SU MEREcido, Y CÓMO UN NAVÍO ESPAÑOL QUE ANDA Á CAZA DE PIRATAS PUEDE EMPAVESARSE VISTOSÍSIMAMENTE SIN ECHAR MANO DE UNA SOLA BANDERA.

Asi que el bergantin contrabandista entró en rumbo y los marineros de la *Bella Micaelita* ya nada tuvieron

que temer, volvieron á ocupar su puesto, obligando al *Zorro-marino* á que se sentase tambien, y este continuó la interrumpida historia del pirata Mustafá, despues de una libacion general en que se agotó por completo el contenido del frasco, si se exceptua una pequeña cantidad que el viejo contra maestre conservó para ir dando sebo, como él decia, á su seco paladar á medida que la necesidad lo exigiese.

—Pues como iba diciendo, mis bravos y escelentes muchachos, el pirata argelino despues de estar contemplando por un buen rato y en silencio el cadáver de la hermosa marsellesa prorrumpió en tales alaridos, é hizo tales estremos de dolor y de desesperacion, que á no ser un tunante tan refinado hubiera dado lástima el verle.

La tripulacion de la *Serpiente*, porque ya os dije que el *Cáscaro de Nuez* se habia transformado como por encanto en la *Serpiente*, contemplaba con lágrimas en los ojos á su capitan sin que ninguno se atreviese á dirigirle palabras de consuelo, por no ser el blanco de su desesperado furor.

—«La vela senos echa encima por la popa—gritó el vigilante de tope en un tono que revelaba á cien cables el temor de que se hallaba poseido.

Y como si esta voz de alarma hubiese despertado á Mustafá de un sueño profundo, se arrojó sobre el cuerpo del francés le suspendió cual si fuese de pluma, le arrojó al mar, tomó despues en sus brazos á la hermosa marsellesa, bajó con ella á la cámara y apareció de nuevo sobre el puente con el antejo de noche en la mano.

El fuego de la corbeta se habia apagado ya por completo, y en medio de la profunda oscuridad en que habia quedado sumida la *Serpiente* se veian brillar los ojos del pirata cual si fuesen dos ascuas de fuego.

Ante la idea de que aquella vela que le venia siguiendo toda la noche podia proporcionarle una ocasion de desahogar en ella toda la rabia y el furor de que se hallaba poseido, su sentimiento desapareció instantáneamente. Era un tigre hambriento que necesitaba de una presa en que clavar sus garras.

Apénas se halló el pirata sobre



ESTATUA DE DON MARIANO LA-GASCA, POR DON PONCIANO PONZANO.

cubierta, enfiló su catalejo en la direccion que habia indicado el vigilante, estuvo mirando por él con una ansiedad que crecia como la marea y concluyó por gritar con atronadora voz: ¡El Rayo!

Toda la tripulacion de la *Serpiente*, sin poder disimular su espanto, exclamó á su vez—«¡El Rayo! ¡El Rayo!»

—¿Y qué buque era ese que tanto atemorizaba á los argelinos?—preguntó uno de los marineros.

—El *Rayo*, mis buenos y curiosos muchachos, era un magnífico navío español, velero como el sol, y cuyas ochenta bocas de fuego hablaban demasiado gordo para que los piratas argelinos, que entonces inundaban el Mediterráneo, tuviesen un placer en escucharlas de cerca; asi es que en cuanto divisaban en el horizonte el gallardo encarnado y amarillo que traia izada constantemente en el tope del palo mayor, forzaban de vela, aunque estuviesen corriendo un temporal deshecho, y se agazapaban en sus guardias.

Y tenian razon en darse prisa á escapar, porque donde caia el *Rayo* quedaba todo reducido á cenizas sin que hubiese ejemplo de que un buque sospechoso á quien hubiese largado su primer cañonazo dejase de medir el fondo del Mediterráneo con la quilla.

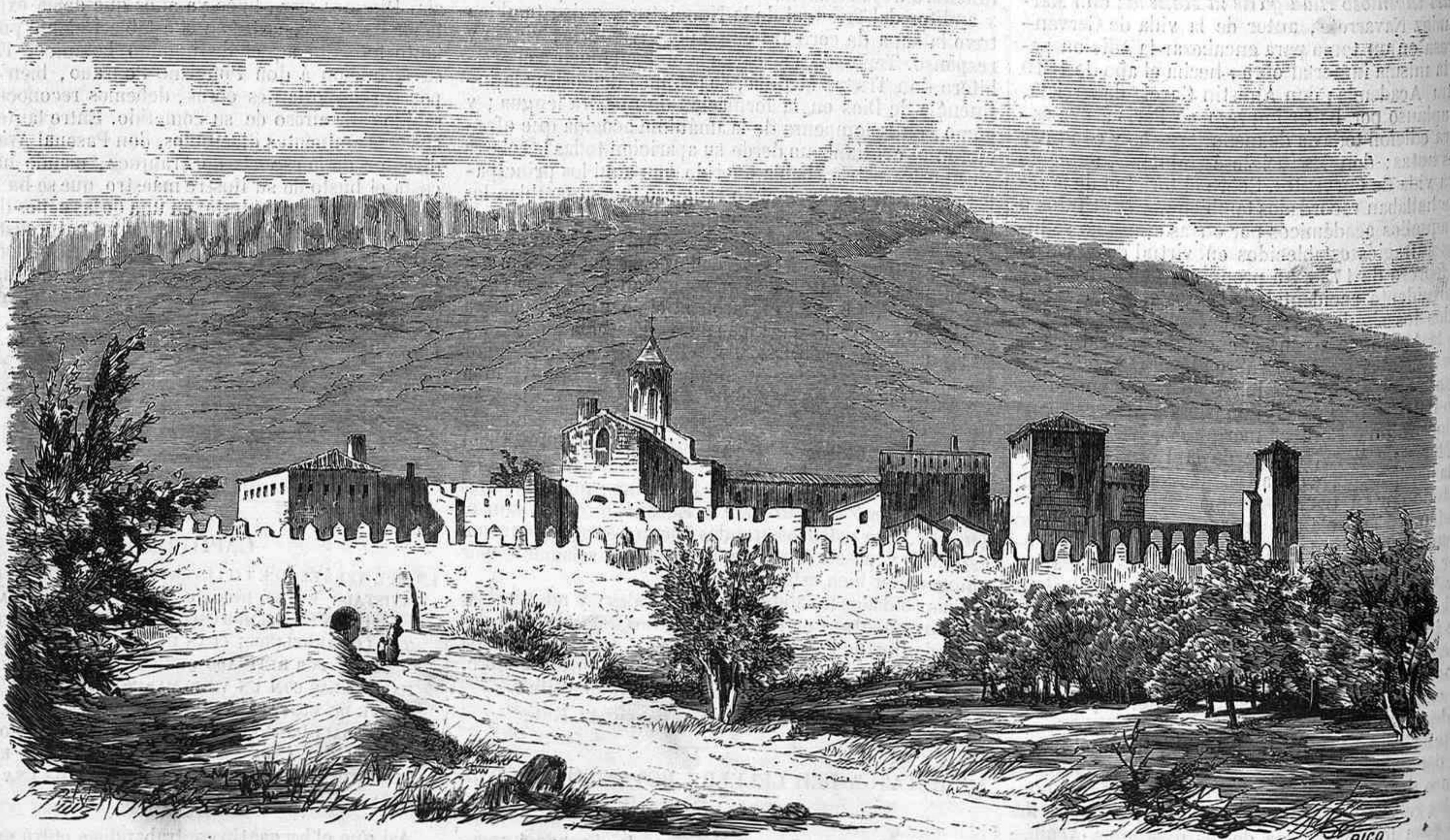
Con esto comprendereis, mis bravos é intrépidos camaradas, por qué la tripulacion de la *Serpiente* temblaba de espanto al oír el nombre de *El Rayo*.

Este navío distaba entonces unas seis millas de la fragata argelina, la habia visto y reconocido perfectamente, habia presenciado el incendio del crucero, y los piratas no tenian tiempo que perder si habian de intentar escaparse.

—Qué bien le vendria entonces al tunante de Mustafá—dijo el grumete Casariego—la varita encantada que la maga le habia dado.

—Verdad que sí mi querido orangutang—le contestó el *Zorro-marino*—pero la varita mágica habia volado, y no habia mas remedio que entenderse con el navío español.

La *Serpiente*, como ya os dije mas de una vez, se deslizaba sobre las aguas con la rapidez de una saeta.



VISTA DEL MONASTERIO DE POBLET.

especialmente cuando se la pinchaba de firme, y Mustafá despues de un breve instante de meditacion, y comprendiendo que solo á fuerza de largar trapo y mas trapo podia salvarse, empuñó la bocina.

La noche continuaba oscurísima, el mar cada vez mas grueso, y el viento habia arreciado de una manera terrible.

—«¡Larga mayores y juanetes!—gritó el pirata.»

La maniobra se ejecutó al momento, y la *Serpiente* principiá á retorcerse y á saltar enseñando algunas veces

todo el vientre, y hundiendo otras su lomo entre las olas. Por la proa llevaba ante sí un promontorio de espuma, y sus palos rechinaban cual si fuesen á saltar en mil pedazos.

Los argelinos estaban viendo por instantes cuando el mar se los tragaba.

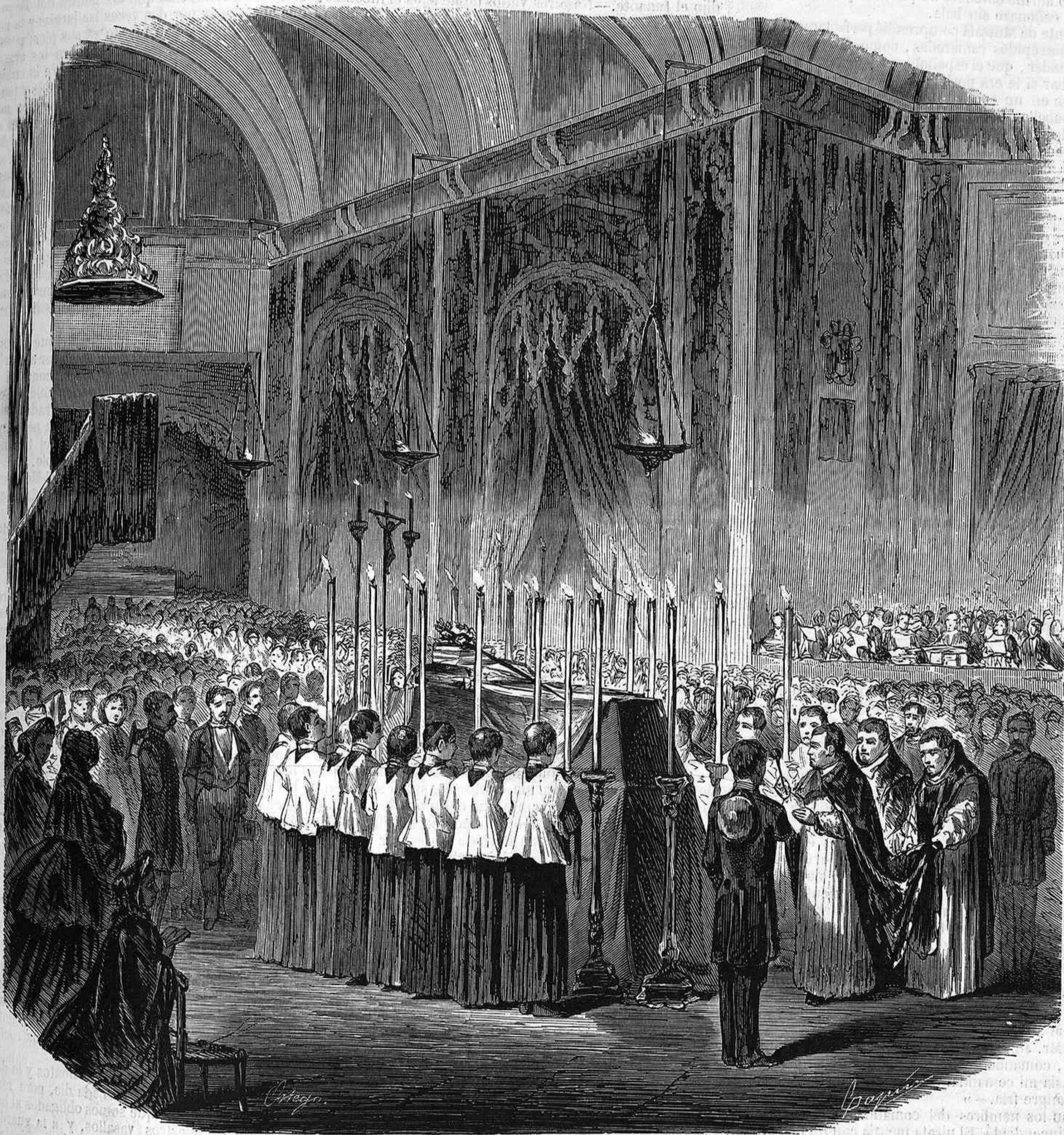
—«¡Larga sobre-juanetes!—gritó Mustafá.»

La tripulacion de la fragata se miró asombrada; pero una docena de gavieros se avalanzaron á las jarcias, subieron con la presteza de una ardilla, y un momento

despues las tres velas superiores del buque se habian desplegado completamente.

Los palos de la *Serpiente* se doblaban como mimbres; el agua saltaba por la proa á una altura prodigiosa inundando constantemente la cubierta, y la fragata, repelida por los golpes de mar cual si fuese una pelota de viento, hacia por lo menos catorce millas por hora.

Asi siguieron navegando los piratas por espacio de dos horas, y cuando creian que el *Rayo* quedaba cuando menos á veinte millas de distancia, se rasgaron las nu-



HONRAS Á LA MEMORIA DE CERVANTES CELEBRADAS EN LA IGLESIA DE RELIGIOSAS TRINITARIAS, EL MARTES 23 DE ABRIL DE 1861.

bes, y á la luz del relámpago divisaron al navío español mas cerca de ellos de lo que estaba en un principio.

—«¡Maldito buque!—esclamaba el pirata pateando y retorciéndose como un energúmeno.—Que mil huracanes me confundan si el diablo de esos perros cristianos no le ha prestado sus alas cuando mi *Serpiente*, cargada como está de trapo no consigue sobre él ninguna ventaja. Cambiaremos de vuelta y veremos si se atreve á seguirme.»

—«¡Orza! ¡orza!—gritó al timonel.»

Y la *Serpiente* orzó, hasta el punto de que sus velas apenas recibian el viento; su costado de babor iba enteramente fuera del agua enseñando casi la quilla; los golpes de mar barrían su cubierta de proa á popa, y la fragata se retorcia cual si tuviera fuego en las entrañas.

El pirata miró entonces el navío español; pero este habia imitado su maniobra, y ceñia el viento como pudiera haberlo hecho un místico catalan.

—«¡Esto es ya demasiado!—gritaba fuera de sí el argelino.—¡Oh! que mil huracanes me confundan si no te obligo esta noche á que echés los palos por la banda.— Y luego empuñando la bocina, gritó con atronadora voz:—¡Arriba en popa!... ¡larga alas y arrastraderas por banda y banda!—»

La tripulacion de la *Serpiente* permaneció inmóvil y con los brazos cruzados.

—«¡Larga alas y arrastraderas por banda y banda!—gritó de nuevo Mustafá empuñando su hacha de abordaje y lanzando sobre su gente miradas terribles.

Nadie se atrevió á desobedecer una orden dada en términos tan enérgicos, por mas que cada cual estuviese persuadido de que despues de ejecutada tardarian pocos instantes en ser tragados por las olas.

Al sentir la *Serpiente*, mis buenos y valientes muchachos, todo el peso de aquel aparejo, crujió de una manera terrible, cual si todas sus tablas se hubiesen librado á la vez de los pernios que las sujetaban.

El viento y la mar iban cada vez en aumento, y la proa de la fragata, cuyas muras estaban constantemente sumidas en el agua, se estrellaba contra las olas con un estruendo aterrador, dejando á su paso un abismo.

—Pero ese maldito Mustafá—interrumpió el piloto de la *Bella Micaelita*, acercándose á la guardia,—no podia menos de estar loco cuando asi cargaba á su fragata de trapo con el tiempo que corria.

—El miedo—contestó respetuosamente el *Zorro-marino*—es muy mal consejero, aunque bien mirado entre ser tragados por el mar y morir abrasados por los fuegos del *Rayo* ó colgados de los penoles de sus vergas, es probable que aquellos malditos piratas estuviesen por lo primero.—

El piloto volvió á ocupar su puesto inmediato á la jarcia del palo mayor y el contra maestre, despues de traspasar al estómago la mitad del aguardiente que quedaba en su vaso, continuó refiriendo.

—El pirata Mustafá orgulloso de ver la rapidez con

que su *Serpiente* se deslizaba sobre las olas volvió sus ojos al *Rayo* y el *Rayo* estaba cada vez mas cerca. Era imposible por lo mismo que la *Serpiente* se le escapase, y mas cuando la aurora principiaba ya á despuntar.

Penetrado al fin Mustafá de que eran todos sus esfuerzos inútiles, mandó cargar todas las velas quedándose tan solo con las gavias y la trinquetilla.

Un instante despues se ejecutaba en el navío español la misma maniobra, y los dos buques continuaron navegando uno tras otro y acercándose mas y mas hasta la salida del sol.

El *Rayo* afirmó entonces su pabellon y largó á la *Serpiente* un cañonazo sin bala.

El tunante de Mustafá comprendió perfectamente, mis bravos é intrépidos camaradas, como no podia menos de comprender, que el español le pedia su bandera; pero quiso probar si le era posible engañar al navío antes de arriesgarse en un combate, cuyo resultado preveia, y largó el pabellon francés, aunque no tan pronto como el *Rayo* deseaba puesto que no habia concluido aun de subir la bandera cuando se elevó una columna de humo en la proa del navío, se oyó un segundo estampido, y la verga del juanete mayor de la fragata quedó dividida en dos.

Esta impaciencia del navío hizo perder el color al pirata y mas cuando desde el *Rayo* se le hizo señal de que pasase á bordo su comandante.

«—Esos perros españoles nos han conocido ó sospechan cuando menos de nosotros y quieren cerciorarse por sí mismos de que somos tales franceses.—le dijo el pirata á su segundo que acababa de acercársele.

El primer paso estaba ya dado, y bien se os alcanzará, mis buenos y queridos muchachos, por redonda que sea vuestra cabeza, que el tunante de Mustafá no podia virar por redondo sin esponerse á ser abrasado por los fuegos del *Rayo*; así es que al instante dió las órdenes para que diez de los argelinos, que hablaban perfectamente el francés y de cuya prudencia y habilidad tenia sobradas pruebas, se encapillasen diez de los uniformes que habian sacado de la *Endimion*, mandó echar al agua la lancha, y los piratas disfrazados se embarcaron en ella y bogaron hácia el navío.

«¿Y fue con ellos Mustafá?—preguntó el grumete Casariego.

«El pirata, mi precioso orangutang, era demasiado conocido en el Mediterráneo para que fuese á meterse en las garras del lobo; pero su segundo hablaba muy bien el francés, le venia, como si hubiese sido hecho para él, uno de los uniformes del comandante de la *Endimion* y se ofreció á pasar al navío.

«Si yo estuviese allí—le interrumpió con la mayor formalidad uno de los grumetes—me hubiera acercado por bordadas cortas al comandante y le hubiera dicho al oído «¡alerta! que esos pícaros son unos piratas disfrazados y tratan de engañar á usía.»

«Y te hubiera plantado de un puntapié en la popa sobre el tamborete de mesana por impertinente y por tonto, mi querido grumetillo. El jefe del *Rayo* era un marino con demasiadas camándulas para que nadie le enseñase á conocer si una vela era ó dejaba de ser sospechosa.

Pues como iba diciendo, mis valientes é intrépidos camaradas, la lancha del pirata atracó al crucero español, subió á bordo el fingido teniente de navío, y bajó á la cámara, acompañado del primer teniente del *Rayo* que, cumpliendo con la regla de la etiqueta, habia salido á recibirle en el portalon de estribor con todas las formalidades de ordenanza.

El viejo comandante español que le esperaba á la entrada de la cámara, le tendió amablemente la mano, y ambos se sentaron.

«¿A quién tengo el honor de hablar?—preguntó el español al argelino.

«A Mr. Julio de Arville, teniente de la marina real francesa, comandante de la corbeta *Endimion* y servidor de usía mi comandante—le contestó el pirata con la mayor sangre fria.—»

«Eran los nombres del comandante francés y del crucero incendiado. El pirata mentía con un descarro sin igual, pero el español conocia demasiado bien, por desgracia del fingido teniente de navío, á Mr. de Arville y á su corbeta.

«¿Y no colgó de una verga al tunante que así trataba de engañarle?—preguntó uno de los marineros.

«No por cierto, camarada; no por cierto—se apresuró á contestar el *Zorro-marino*—ni era propio de un pecho español ensangrentarse con un enemigo indefenso á quien se habia llamado, y porque tal proceder hubiera podido atribuirse á miedo de luchar con el pirata y á falta de hidalguía. El viejo marino se sonrió maliciosamente y continuó su interrogatorio.

«Sois Mr. de Arville—le dijo—un oficial sobradamente arrojado, ó teneis demasiada confianza en vuestro buque, cuando así le cargais de trapo en un temporal deshecho como el que ha corrido esta noche.

«Hace pocos meses—le interrumpió el pirata que mando la *Endimion* y quise probar lo que podia prometerme de ella cuando tuviese que dar caza á un enemigo.

«¿Y quedásteis satisfecho?

«No tanto como quisiera, mi capitán, porque vuestro navío puede dar á la *Endimion* diez millas de de-

lantera, y echársele encima antes de que concluya la singladura.—»

El español le agradeció con un movimiento de cabeza aquella galantería con que el tunante trataba de halagar su vanidad.

«Y el buque que hace algunas horas ardia del tope á la quilla cerca del vuestro ¿le conocisteis, Mr. de Arville?»

El pirata no pudo reprimir la emocion que esta pregunta le produjo, pero tenia demasiada audacia y volvió á ganar al instante el barlovento perdido.

«Eso mismo iba yo á preguntaros, mi capitán—le dijo el tunante.—Nosotros vimos desde lejos el incendio y nos acercamos, por si podíamos salvar aunque no fuese mas que la tripulacion; pero cuando recalamos cerca del buque era ya demasiado tarde.

«Pues me pareció, mi querido Mr. de Arville, haberos avistado á unas cien brazas próximamente del buque incendiado antes que se hubiese desarrollado en él el fuego.

«Como la noche estaba oscura, no es extraño, mi capitán, que os hayais equivocado al apreciar la distancia, y si no teneis mas que mandarme—añadió el pirata tomando el sombrero en ademán de retirarse.

«¿Mandaros, Mr. de Arville...? ¡Ah! sí; efectivamente, tenia una cosa que mandaros—le dijo el viejo marino español levantándose y poniendo la mano sobre una de las charreteras del pirata.

«Mandad mi capitán—replicó el segundo de Mustafá casi asombrado al advertir el mal cariz que habia tomado de repente la cara del comandante del *Rayo*.

«Pues bien, os mando que regreseis á vuestro buque, que arrieis el pabellon francés y que os entreguéis sin condiciones ¿lo entendéis? sin condiciones.

«¿Cómo mi capitán!—replicó el pirata, abarrotándose de sangre fria.—¿Se han declarado la guerra Francia y España?

«Basta de disimulo y de farsa, miserable. Conozco perfectamente á la *Serpiente* y hace tiempo que corro á sus alcances; pero ¡por San Telmo! que de esta vez, por mucho que salte y se retuerza y por duras que tenga las escamas, no se librará de ser esterminada por el *Rayo*. Tomad vuestra lancha y agradeced que no os haga colgar desde luego como un racimo del penol de una verga. Oid con atencion: si la fragata se rinde, seré capaz de implorar para muchos de vosotros la piedad del rey; pero si disparais un solo cañonazo sobre mi navío, si me rompeis el mas insignificante de sus aparejos, si pierdo un solo hombre en el combate ¡ay de todos vosotros!—»

«Ya veis, mis buenos camaradas, que el viejo marino español no se chupaba el dedo, ni comulgaba con ruedas de molino.

El pirata quiso replicar, pero viendo que el comandante le señalaba con el dedo la puerta de la cámara, tomó el partido de largarse á todo trapo, y quince minutos despues estaba al costado de la *Serpiente*.

El jefe del *Rayo*, que no confiaba demasiado en que los piratas se entregasen sin combatir, subió sobre cubierta, y sin ruido ni aparato que descubriesen á los de la *Serpiente* sus preparativos, mandó hacer zafarrancho de combate, abrir la Santa Bárbara, preparar los ganchos de abordaje, distribuir las hachas y los puñales, y que cada cual ocupase á bordo su puesto.

Mustafá, que esperaba á su segundo con la ansiedad que podeis figuraros, apenas oyó la orden que el español habia dado, hizo formar á todo su equipaje sobre el puente.

«Ese perro cristiano—dijo á sus gentes—nos ha conocido, y quiere que la *Serpiente* se meta por su propia voluntad en las garras del leon. La piedad que podeis esperar la sabeis tan bien como yo; y aunque la fragata no tenga tan duras las escamas, ni tan activo el veneno de sus dientes que podamos prometernos estrujar al navío entre sus anillos, es preferible morir matando á entregar el cuello para que nos pongan en él un lazo corredizo y nos izen como si fuéramos motones. Confiado el navío en que no nos atreveremos á luchar, se halla seguramente descuidado: arriémosle un par de andanadas antes de que se aperceba, y que Alá nos proteja. Lo que ha de ser, escrito está.»

«Cúmplase la voluntad de Alá—contestaron los argelinos á una.—¡Muerte y esterminio sobre esos perros cristianos!—y los artilleros marcharon á colocarse al pié de sus piezas.

Mustafá, satisfecho de la actitud de su tripulacion, bajó á la cámara, subió de nuevo sobre el puente con una bandera plegada en la mano, mandó arriar el pabellon francés, presentó al navío el costado de babor, y dió orden para que al llegar al pico de la nueva bandera, se descargasen sobre el español los veinte cañones á la vez, y que se virase al instante por redondo y se le largasen otros veinte por el costado de estribor.

Un momento despues ondeaba en la *Serpiente* una bandera negra con una calavera blanca en el centro y dos huesos cruzados por debajo.

Pero apenas habia concluido de subir, cuando el navío descargó sobre el pirata sus cuarenta cañones de estribor, dejándole completamente desarbolado, aventada su obra muerta de babor, desmontadas la mayor parte de sus piezas, y sembrada de muertos y de heridos su cubierta.

«¡Al abordaje! ¡al abordaje!—gritó el viejo comandante para aprovechar el desorden que aquel desembarco inesperado habia introducido en los argelinos.»

«Y el *Rayo* cayó, mis bravos é intrépidos muchachos, sobre la *Serpiente* con una rapidez pasmosa, para que la maniobra le favorecia el viento, y le tendió sus brazos.

Repuestos los piratas de la sorpresa, y animados por los gritos de Mustafá, tomaron sus hachas y sus espadas, y corrieron á recibir á los españoles, resaca vendiendo caras sus vidas.

Dos minutos despues se trababa de buque á buque un combate terrible, en que las gentes del *Rayo* iban que abandonan por dos veces las jarcias y la borda de la fragata en que habian puesto ya sus pies; pero tan pronto como se rehacese, volvieron sobre los argelinos, que se arrollaron, y la lucha continuó sobre la cubierta de la *Serpiente*, tan sangrienta, tan terrible y tan desesperada por una y otra parte, que á los diez minutos quedaban en pié, de los quinientos hombres de la fragata, mas que veinte y cuatro y el tunante de Mustafá que se defendia aun con la rabia de un leon.

Ya comprendereis, mis buenos y queridos muchachos, que ni las hachas, ni los puñales de los argelinos eran de mazapan, ni sus arcabuces y sus pistolas de plomo, ni sus bombas de espuma de jabon, y que el conocimiento de la suerte que debian esperar aquellos hombres aumentaria su valor y su desesperacion: así es que el *Rayo* no consiguió la victoria, sino á costa de la muerte de unos cincuenta de sus mejores marineros y soldados, habiendo tenido un número de heridos algo considerable.

El comandante español, rendidos que fueron los veinte y cinco argelinos, los hizo trasladar al navío, y Mustafá del pico de la bergantina, como si fuera el jefe de la bandera, y á sus camaradas de los veinte y cuatro argelinos de sus vergas, y el *Rayo*, aferradas todas sus velas, con un hombre pendiente de cada penol, y cerrando la marcha, á manera de pabellon, el tunante Mustafá presentaba un golpe de vista admirable.

Así concluyó este pirata, terror del Mediterráneo, su vida de una vez tantas y tantas atrocidades como habia hecho en su vida.—

El reloj de Gijón sonó en aquel momento llamando hasta la *Bella Micaelita* los ecos algo confusos de una campana, y el *Zorro-marino*, prestando atencion al oído, se puso á contar la hora.

«Una... dos... tres y... cuatro: las cuatro. ¡Alá! ¡mir, mis valientes muchachos! A las seis es la pleamar, y con ella quizá se calme el viento y la marejada; ¡dado caso que zarpemos, aun nos quedan dos horas de descanso. En rumbo y á los catres á todo trapo.—»

Todos los individuos que componian la guardia de babor de la *Bella Micaelita* se pusieron en pié; un golpe de mano dió en la campana los golpes de ordenanza para llamar la guardia de babor; la escotilla del camaracho de proa se abrió un instante despues; algunos marineros subieron sobre cubierta mal despiertos, y los veinte hombres que habian formado durante las horas el auditorio del viejo contraestre, daban á los pocos minutos en sus respectivas hamaacas, y se iban quizá media hora despues con las muchachas cubiertas del arsenal de la maga, y con los veinte y cuatro racimos que colgaban de los penoles y del pico de la bergantina del *Rayo*.

EL CAPITAN BOMBARDA.

La ley dada en 1406 por don Enrique III de Castilla señalando la tasa sobre una infinidad de cosas, es sumamente curiosa y nos da á conocer los precios corrientes en los primeros años del siglo XV. Su contenido es el siguiente, leído con gusto al cabo de mas de cuatrocientos años. Dice así:

«Considerando que los bastimentos y lo demás necesario para el mantenimiento de cada dia, para remediar el daño, acatando á que somos obligados al buen gobierno y pro de nuestros vasallos, y á la guarda y conservación de nuestros reinos y señoríos, ordenamos y mandamos que la fanega de trigo valga á 15 mrs. por el reino, y en la corte á 18 mrs.; la cebada á 10 mrs. centeno á 12 mrs. viejos, la avena á 6 mrs., la libra de carne á 2 mrs., la libra de vaca á 1 maravedí, la libra de cerdo á 3 mrs., la libra de cera á 8 mrs., la libra de pan á 2 mrs., la de mapeca de vacas 4 mrs., la de mapeca de cerdo 3 mrs. viejos: el cegatero ó cegatera venda la libra en 5 mrs., la liebre en 3 el conejo en 2, la gallina en 2, el pollo en 2, el ansaron en 6, el lechon en 8, la puerca en 2 mrs. viejos, el buey de Guadiana y criados en 180 mrs. Diana valga 200 mrs. viejos, y el de la tierra á 180 mrs. El que sacare buey ó vaca ó juvencas fuera de 60 mrs. muera por ello. La vara de paño de Chillon á 180 mrs. la de Bruselas y Lombay á 50 mrs. viejos. La escotilla de Gante á 60 mrs. la de Hipe á 110, con que sea de lana y empolvada. Los paños de Mompeller, Bruselas, Valencia á 60 mrs. viejos. Y el jornalero gane cada dia 3 mrs. viejos, la jornalera 2; si no le diesen su jornal (alimento) entre con sol hasta que se ponga el sol, con un par de bueyes para arar, gane cada dia 6 mrs. viejos y medio gobierno; un mozo con una bestia para vendimiar, gane 6 mrs. viejos si no tomase gobierno.

si le to
salga y
año 10
 pertene
jornales
que pu
nos; y
ravedis
á 3 mrs
ravedis
á 2 mrs
fuese de
fanega
hacer u
El mille
No 30 m
cal 5 m
guena.
Algun
á veces
taba ad
que los
grande
la coron
de la cl
derable.
pedras
zinskai
francos.
LOA PAR
D
PER
DOÑA ISAB
DON GARC
DON BLAS
ALFONSO.
DAMA 1.
DAMA 2.
DAMA 3.
El teatro
pectador,
a la derec
puerta á la
fondo del c
recien tapi
una lampar
cerca de lo
DON GAR
GARCIA.
BLAS.
GARCIA
BLAS.
GARCIA.
BLAS.
GARCIA.
BLAS.
GARCIA.
BLAS.
GARCIA.
BLAS.
GARCIA.
BLAS.
GARCIA.
BLAS.

COMERCIO AMBULANTE DE MADRID.



EL CHORICERO.

ISABEL. Sí, García, podeis. Un tiempo hubo en que me decíais que me amábais: ignoro si me hablabais verdad; pero vos lo dijísteis.

GARCIA. Yo os amaba, Isabel, deliraba por vos.

ISABEL. Yo no podía amaros, yo no podía ser vuestra; no quería yo que mi marido se avergonzara de mi nacimiento. Yo me habia visto presa en Valladolid con mi padre, con su esposa, con mis tias ancianas y mi prima jóven: habian dado muerte á un caballero junto á nuestra casa, y decíase que habia corrido aquella sangre por culpa mia. «¡Dios, que bendices á los que lloran! (clamé dia y noche en mi calabozo) muestra mi inocencia al mundo, y yo le abandonaré para vivir únicamente tuya.» El Señor cumplió mis deseos, y yo, aunque tardé y fuí vituperada por ello, cumplí al fin mi palabra.

GARCIA. Sin querer atender las mias.

ISABEL. Las vuestras, confesadlo, no merecian más. Era pobre mi padre; mi madre, que vivia entonces, esperaba una corta herencia; se fundó este santo convento: entregó mi madre mil ducados por dote suya, y con la oferta de entregar otros mil por el mio, recibimos las dos el hábito.

GARCIA. Vuestra madre ¿vive con vos aquí!

ISABEL. Vivía: ayer murió, una hora despues que mi padre.

GARCIA. ¡Gran Dios!

ISABEL. Murió, y ántes de espirar suplicó á nuestra superiora que me retirara de la celda: me lo mandaron y obedecí.

GARCIA. Era justo excusaros la pena de verla espirar.

ISABEL. Era para excusarme otra, García, otra que poco despues hube de recibir. Yo nací en Portugal, donde, como sabeis, abundan los judíos, conocidos y ocultos. Mi madre, así que me dió á luz, tuvo que ponerme al pecho de una mujer, de quien me recogió á los cuatro años. Era judía aquella mujer; y destinándome á su vana creencia, me negó el bautismo; y hasta ayer, poco ántes de morir, no lo supo mi madre.

Esta mañana me dijeron que mi profesion era nula; esta mañana tuve que despojarme del hábito y vestir este traje: para ser esposa de Cristo, necesito ser cristiana siquiera.

GARCIA. ¿Qué es lo que me decís!

ISABEL. Me trasladaron de mi celda á ese cuarto, que ya no es clausura, y por eso he podido veros hoy. Á todo esto, la herencia, que esperaba mi madre de mi tierra, no vino: debo los mil ducados del dote, y esta comunidad está pereciendo: el bocado de pan que dén á una intrusa, lo necesitan para sí esas pobres religiosas, mártires de su fe: mi madrastra y mi prima no cuentan más que con la caridad del señor arzobispo. García, dadme una limosna para permanecer en este convento, y callad lo que habeis oido; calladlo, por amor de Dios. (Se arrodilla.)

GARCIA. Alzad, Isabel: enjugad ese llanto, no hay para qué llorar. Mil ducados poca cosa son para mí: los recibirá la comunidad en amaneciendo.

ISABEL. Derrame el Señor sus mercedes en vos.

GARCIA. Pero vos no estais bien aquí. Hija natural, sin el agua de salvacion aún, por la perfidia de una judia, necesariamente os han de mirar con cierta prevencion esas madres escrupulosas, y por fuerza vos habeis de sentir os entre ellas avergonzada. Es preciso que salgais de aquí.

ISABEL. Aquí está mi padre, aquí está mi madre: ¿dónde quereis que vaya su hija?

GARCIA. Á una casa honrada, recogida, segura. Ahora sois libre: ya os han apartado de sí las que ántes eran vuestras hermanas: id un poco más lejos, donde reflexioneis despacio, y si luego os parece oportuno, volved.

ISABEL. ¿Eso es todo lo que me decís!

GARCIA. Esto, y que os amo cual á mi vida; más que nunca os amé. El cláustro os desecha; dejadle vos: del hábito religioso os despojan; venid á vestir las galas que la suerte enemiga, tan injusta con vos, hasta hoy os habia negado.

ISABEL. ¿De galas hablais á quien es huérfana des-

de ayer? Mirad este sitio, respetad mi dolor, y dejad hoy este sitio, y vuestro dolor os desampara mañana.

ESCENA V.

ALFONSO, en la calle.—DON GARCIA é ISABEL en el cementerio.

ISABEL. Bien, García: id en cuanto amanezca, y venid á mi madrastra que venga por mí.—(Alfonso se acerca á la puerta y escucha.)

GARCIA. Isabel, entre vos y yo no hace falta vuestra madrastra.

ISABEL. Hace falta un muro: aquí le hay más fuerte que el de una casa de hombre, porque esta es de Dios: no salgo de aquí. Salid vos, señor don García.

GARCIA. Con vos, al momento.

ALF. (Ap.) ¡Qué oigo!

ISABEL. Con vuestras torcidas intenciones frustradas iréis, no conmigo.

GARCIA. Isabel, seguidme.

ISABEL. Apartad. (Alfonso entra en el cementerio.)

GARCIA. Nadie puede apartarme de vos.

ALF. Señor don García, ¡venid á vuestra casa!

ISABEL. ¡Alfonso! Alfonso!

GARCIA. ¡Un criado á mí!

ALF. Ya no lo soy vuestro, ni vos mi amo.—¿Qué quereis que haga con este hombre, señora!

ISABEL. Rogarle que nos deje.

ALF. Dejadnos: os lo ruego con el sombrero en tierra y la espada en la mano.

GARCIA. Bien está, Isabel: me retiro como quereis: la vez os pesará. (Vase.)

ESCENA VI.

ISABEL. ALFONSO.

ALF. ¿Qué ha sido esto, señora!

ISABEL. Creer yo que don García era caballero, y creer él que yo no merecia ser hija de Miguel de Cervantes.

ALF. ¿Qué significa ese vestido, señora? Si habeis necesitado de alguien ¿por qué no os habeis servido de vuestro Alfonso?

ISABEL. Perdóname, y aguarda un momento: necesito en efecto de tí.

ALF. Pedid mi vida, si os hace falta.

ISABEL. Voy á escribir un breve papel, y le llevaré donde yo te diga.

ALF. ¿Un papel vos!

ISABEL. Cuando tú te fuiste de Madrid, no sabia yo escribir aún; despues he aprendido.

ALF. Si yo hubiera sabido eso... quizá alguna vez hubiérais recibido una carta mia, pidiendo respuesta.

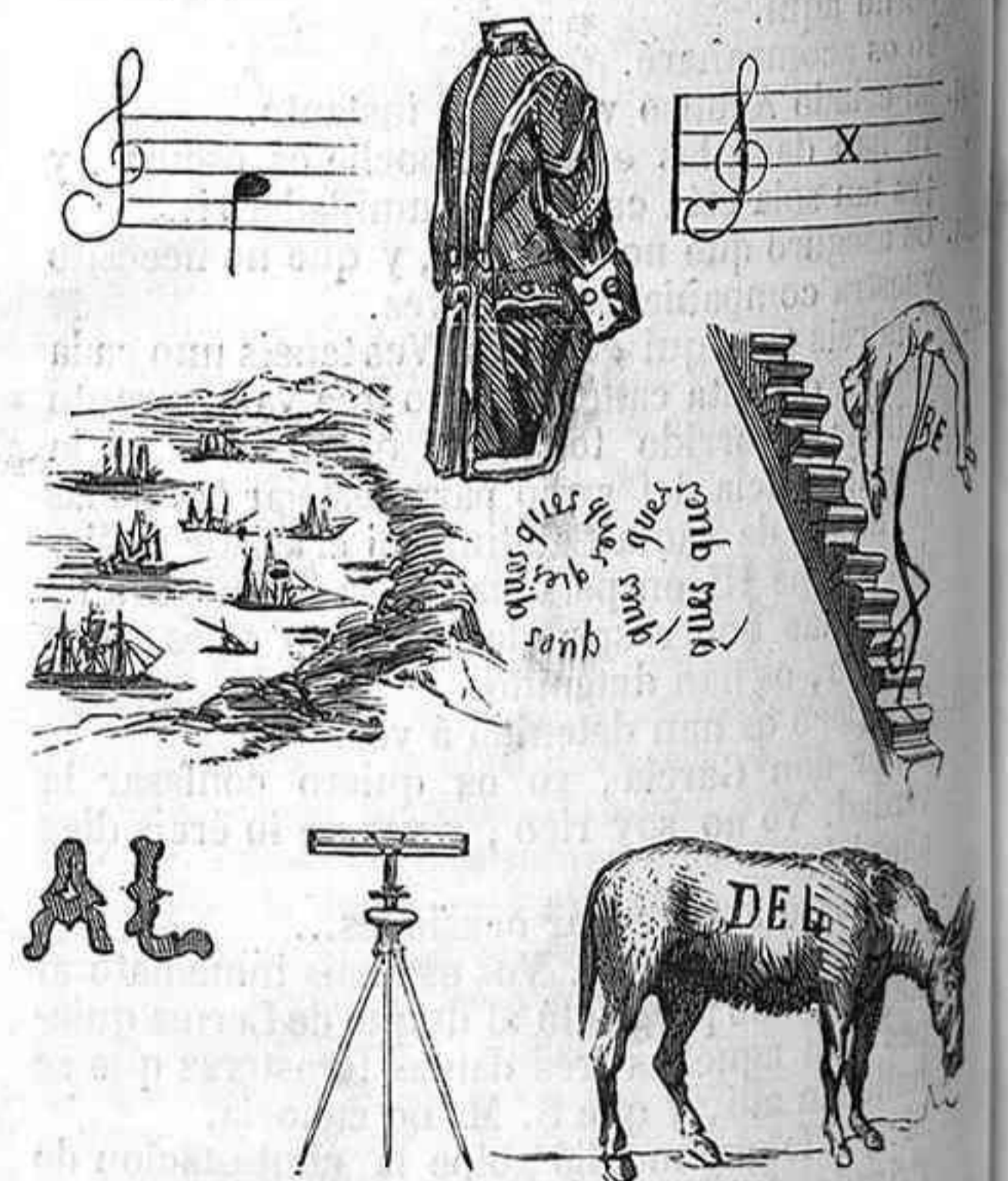
ISABEL. ¿Para qué?

ALF. Para tener... para conservar una prenda vuestra.

ISABEL. La tendrás como la mereces. Aguarda un instante. (Vase.)

(Se concluirá en el próximo número.)

GEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.

tado llo
Madrid
á temp
siones
de apar
vertir á
cha: la
progres
mas de
huracar
naza pa
Al fin
el itein
nistro o
tantes
el seño
contado
favorez
Claro
neas no
no sola
clase de
ha ido
cion co
periódic
un viaj